LEON FELIPE, POETA PROMETEICO

Por *Concha Zardoya*

León Felipe representa —en la poesía española del siglo XX— al «Poeta prometeico» para quien la Poesía es fuego organizado, señal, llamarada, y para quien la canción es una tea encendida, grito o lamento del hombre. En «Ganarás la luz» (1943), nos dice: «el poeta no es aquel que juega habilidosamente con las pequeñas metáforas verbales, sino aquel a quien su genio prometeico despierto lo lleva a originar las grandes metáforas: sociales, humanas, históricas, siderales». Con estas palabras se autodefine como poeta y establece, al mismo tiempo, que esas «grandes metáforas» no son juegos verbales ni sensoriales, sino profundas significaciones, totales contenidos humanos. Es decir, esas «grandes metáforas» son parábolas, metáforas o símbolos parabólicos. Y, parabolizando, León Felipe las justificará así, tras afirmar que la Poesía era la palabra —el Verbo— que luego corrompieron los fariseos y los mercaderes.

La parábola... aún no está corrompida. La parábola es una manera oblicua y perifrástica de hablar que no pueden usar los mercaderes porque no se acomoda al mecanismo desvergonzado y cínico de las transacciones.

En esas parábolas, biografía, poesía y destino se hacen términos equivalentes: «Historia viva. En estas parábolas, pues, se expresa León Felipe, poeta prometeico. En él, poeta y hombre sufren eternamente, y a ambos, por sufrir, no les preocupa ni la belleza ni la música, arrastrados por el implacable viento de Dios o del destino. León Felipe no se siente vinculado a Orfeo en modo alguno, sino a Prometeo, benefactor de los hombres que, por serlo, sufre terribles castigos, suplicio inacabable. Prometeo donó el fuego a los humanos. El poeta prometeico regala constantemente el fuego del espíritu, la incandescencia interior, y con su fuego eternizará a los mortales. El poeta prometeico es un poeta titánico, hijo de la tierra y del mar.

Ligada a este destino prometeico se halla su vocación andariega, prefigura en su apellido. León Felipe Camino es el incansable caminante que peregrina por todas las tierras con el fuego de sus parábolas en el corazón y en los labios. Parábolas que, siendo las mismas, aparecen y reaparecen en una y otra forma: siguen creciendo, viviendo, transformándose, porque crecen y viven al mismo tiempo que él. De ahí que sus poemas presenten variaciones o se inserten en nuevos conjuntos líricos. Todas sus obras son seres vivos que crecen y se transforman.

La vida se hace al vivir y al vivir se hacen sus parábolas. Al vivir y al peregrinar por las tierras de América, en ausencia de las de España. No se va con los mendigos ni con los patricios. Va y se queda siempre sólo, en función prometeica. En soledad que es pureza redentora: sufrimiento y catarsis, suplicio fatal y necesario. Camina y medita y vuelve a meditar, parafrasea las Escrituras, los versos de Walt Whitman, bajo el cielo abierto, bajo las estrellas, pisando las piedras, llevado por el viento. Y, en múltiples y cotidiana experiencia, estos elementos conviven y coexisten con él. Dentro de sus versos parabólicos tejen un hondo y significativo entramado. En la poesía prometeica de León Felipe no aparecen nunca los lugares cerrados: no hay habitáculos domésticos ni religiosos, ni siquiera templos. Su poesía exige el camino, la llanura, la montaña, el cielo, el mar, los astros. León Felipe repudia los ámbitos que confinan al hombre, que le aprisionan o que le envilecen. Así dirá: «Vamos a hacer una meditación sin templo... bajo el signo de San Juan... No de San Pedro... que negó a Cristo tres veces en la cocina de Caifás». En consecuencia, León Felipe, tampoco se confina dentro de los cánones métricos rigurosos. Así, el verso de su canción, de su plegaria, de su lamento o de su imprecación, se alarga muchas veces hasta la prosa, más allá del versículo. O se reduce al mínimo monosílabo de la exclamación, de la queja, del sollozo o de la ira.

Juglar de la «España peregrina», poeta prometeico de su raza, recorre tierras y países, impulsado por el viento al cual entrega la oblación de sus parábolas. Viento que, por esta ofrenda, llega a identificarse con la esencia misma de la Poesía. Esta, en último término, acaso sea luz que recogen las estrellas. En el poema que titula «El poeta prometeico», declara:

El poeta prometeico... viene a dar testimonio de la Luz. .. Y la poesía entera del mundo... tal vez sea la Luz... Yo pienso que es un Viento encendido y genésico que da vueltas sin cesar por la gran comba del Universo...

Algo tan objetivo, tan material y tan necesario... como la Luz... Tal vez sea la Luz...

¡La Luz!

¡La Luz es una dimensión que nosotros no conocemos todavía!

Con su poesía, hecha de «música y de piedra, de alarido y guijarro» —y que también es viento y fuego—, León Felipe ha golpeado la puerta de la injusticia y del tirano, en el pórtico del silencio y de las tinieblas. Ha estado acusado con voz ronca, con gemido, con llanto, con grito indignado, todas las injusticias e indignidades de los hombres y de los países. Poeta mesiánico, numista, agónico, atormentado, rebelde, León Felipe ha lanzado al mundo sus oraciones y sus salmos, sus alocuciones blasfematorias, sus símbolos parabólicos. El éxodo, el llanto, el polvo, con el juglarón y el payaso, la piedra, el viento y la estrella, se entremezclan simbólicamente en estos poemas que se hacen y se rehacen cada día, a medida que el destino los entreteje o desarrolla. Entre ellos abundan los puntos suspensivos. Porque León Felipe pronuncia su canto —su parábola o su paráfrasis— con voz y grito entrecortados: como si respirara entre frase y frase, entre palabra y palabra, entre símbolo y símbolo. Porque todo brota en él dolorosamente, desde su corazón y desde sus entrañas. Porque cada grito lleva sangre. Porque cada verso o versículo es exhalado por el aliento de su propio respiro existencial, de su propia humanidad devorada por el buitre prometeico.